

LA ULTIMA HORA DE SU LARGO EXILIO "VUELVO PARA TRABAJAR POR CATALUÑA Y POR ESPAÑA"

«Somos conscientes de que algunas decisiones del Gobierno pueden restarnos electores»

Un Mystère del Ministerio de Defensa despegará hoy del pequeño aeropuerto de Tours con dirección a Madrid. En él viajará el presidente de la Generalitat, honorable Josep Tarradellas, su esposa y su hija, los veintitrés parlamentarios de la Asamblea de Cataluña y el séquito de mozos de escuadra de la Generalitat. Tarradellas, después de treinta y ocho años de exilio, regresa como había dicho; «para ser presidente».

Nuestra redactora Pilar Urbano, enviada especial a la localidad francesa de Saint Martin-Le-Beau, ha conversado largamente con Tarradellas en las últimas horas de su exilio; exactamente mientras en Madrid se presentaba a la firma del Rey el real decreto de su nombramiento presidencial.

«¿Qué hora es? ¿Las doce? Quizá no sea todavía el president de la Generalitat. Le hablo aún como un español exiliado. No pienso en el regreso ni en el recibimiento. Ese no es mi problema. Ahora pienso sólo en el trabajo y la responsabilidad que voy a asumir. Mi posición, el futuro Gobierno que he de formar, las relaciones con el Gobierno de Madrid... Tengo tarea para mucho tiempo. Me encerraré en aquel despacho de la Generalitat y no saldré de allí. Yo no vuelvo a Barcelona para pasear ni para ir al fútbol. No. Vuelvo para trabajar por Cataluña y para España.»

● «LA GENERALITAT NO HA COSTADO UNA MUERTE»

Se reclina Tarradellas sobre el respaldo del viejo sillón forrado con cretona de rayas verdes y blancas. Es «su sillón». Su trin-

chera durante muchos largos años. Desde ahí el honorable payés político, gigante de setenta y muchos años, corazón ilusionado y genio vigoroso todavía, ha trenzado un recio cañamazo de ambición catalanista, de prudente política de pactos, de pertinaz catequesis predicadora «hablando de Cataluña y su autonomía por América entera, centenares de veces»...



Tarradellas

Desde ese sillón ha visto, como ahora lo ve por última vez, el melancólico desmenamiento de los castaños en otoño. Ha elaborado soledad. Ha curtido su espera y su esperanza. Desde ese sillón ha ganado una batalla «sin que haya costado un céntimo ni una muerte: por eso quiero ir a agradecerle al Rey antes que nada».

Es mediodía. Este solitario de Saint Martin-Le-Beau se ha afinado lejos, en plena Turena, a mil kilómetros de Cataluña. Viste un pullover azul claro y no fuma ni bebe en toda la conversación. Como deferencia, habla en castellano y dice «Generalidad», pero es un castellano horrible, pensado en francés y articulado en catalán.

Cuando llego, la televisión belga acaba unas tomas de entrevista en el rústico jardín. Le han preguntado si ahora Cataluña se integrará autónomamente en organismos internacionales. Tarradellas, muy vivamente, sin pensarlo dos veces, responde rotundamente que no: «¡Ni hablar de eso! Es España la que ha de integrarse en Europa y estar presente en los organismos internacionales. Cataluña lo que ha de hacer, y lo haremos, es ayudar esa política en la medida de sus fuerzas, propulsar el progreso espiritual y material, político y económico del Estado español, pero ¡nada de hacer nosotros una política internacional al margen de España!»

Poco después me afirmará la misma idea, cuando le pregunté por su federalismo.

● «SOY FEDERAL DE EUROPA, NO DE ESPAÑA»

—Mire, yo no soy federalista. Soy federal de Europa. De España respecto a Europa. Pero no de Cataluña respecto a España. Ni de las demás regiones y pueblos de España. Francamente, no creo en la viabilidad para nuestro país de una estructura federal.

—¿Aceptará usted, señor presidente, la denominación de «región» para Cataluña autónoma?

—¡Claro! También la aceptó Maciá en el año treinta y uno. El estatuto decía que Cataluña era «una nación dentro del Es-

☐ «No quiero hacer política de fastidio ni de desastre»

tado español»; pero nos dijeron que «nación», no; y aceptamos «región», como lo acepto yo ahora. Pero encajar una palabra no quiere decir que yo abandone mi concepto de que somos una «nación». ¡Si hemos sido Estado! Usted es valenciana, ¿verdad?, y sabe que Cataluña, Valencia y Aragón fueron un Reino... Las cosas claras y como han sido. Gobernamos el Mediterráneo. Fuimos derrotados un «once de septiembre» y celebramos la derrota... Con nuestro típico pragmatismo, nos adaptamos, y no haremos ninguna guerra.

—Señor Tarradellas: ¿Por qué es «necesaria» la Generalitat?

—Porque representa el deseo de los catalanes de autogobernarse. Ese autogobierno es un derecho que hemos ejercido muchas veces a lo largo de nuestra Historia. No es un invento de ahora, ni una tozudez mía. Por nuestra potencia numérica, por nuestra considerable riqueza material, por nuestra cultura, por nuestra lengua, por nuestro fondo de costumbres, por nuestra voluntad de superación... queremos autogobernarnos y espero que sabremos hacerlo muy bien.

● «NO HAREMOS RANCHO APARTE»

—¿Cómo despejaría usted los prejuicios «centralistas» sobre ese autogobierno catalán que, sin duda, les separará del afán común de España?

—Pues muy sencillamente: con la verdad por delante. Nosotros no queremos hacer «rancho aparte» del resto de los pueblos del Estado español. Yo me permití decirselo al presidente Suárez: el tema de Cataluña es muy importante para nosotros; de acuerdo. Pero, sin discusión, a nivel español, lo más importante es conseguir un clima de confianza ciudadana, laboral, empresarial, financiera, inversora; luchar contra la inflación, remediar el paro cuanto se pueda. ¿Qué haríamos los catalanes con nuestra Generalitat, si el Estado, si el Poder central, no funcionara? La Generalitat, si España no «marcha», no nos sirve para nada. ¿Piensa usted que vamos a cruzarnos de brazos ante los problemas tremendos de toda España? Desde hace cuarenta años, la política se ha hecho en Madrid y sin contar con Cataluña. Yo no soy economista, pero veo lo que está pasando. Los teóricos fracasan: sean capitalistas, sean comunistas... Pienso que quizá ahora Cataluña, a partir de su estupenda industrialización, pueda contribuir para que España entre en el Mercado Común. Cataluña no quiere crear problemas, sino traer soluciones. Esa es mi respuesta a su «prejuicio». ¿Qué más?

● REPUBLICANISMO Y MONARQUÍA

—Otro interrogante oscuro: su republicanismo, hoy y ahora.

—Yo toda mi vida he sido, soy y seré republicano. A pesar de esta convicción ideológica, di un viraje a mi estrategia política y no tuve inconveniente ninguno en pedir visitar al Rey, en junio. Tampoco Su Majestad tuvo inconveniente en recibirme. Mire..., esto es muy importante: si el Borbón liquidó la Generalitat y desbarató nuestra organización autónoma, otro Borbón la restablece. Durante tres siglos, los catalanes hemos chocado con una concepción centralista del Estado español... ¡Ah los castellanos siempre pensaron que hablabamos en catalán para «ferles la punyeta», y usted perdóneme la expresión. No es así. Bien, ahora Don Juan Carlos romp con todo ese lastre de tradición. Su gest es de una trascendencia extraordinaria: a mi entender, consolida el Régimen en ello y afianza la Corona; que, así, es algo que nos interesa a todos defender, aunque nuestro ideárium sea republicano. Yo tengo motivos para creer que puedo contar con el apoyo del Rey; él ha hecho posible tod

□ «Suárez me llamó "tozudo", y yo a él, "peleón". Nuestra primera conversación fue muy dura, incluso, a veces, dramática»

□ «Cataluña no quiere crear problemas, sino traer soluciones»

«Tengo motivos para creer que puedo contar con el apoyo del Rey. El ha hecho posible todo esto»

«esto... Y, a mi vez, sé que el respeto y la fuerza que Cataluña va a dar al Régimen actual es algo valioso que servirá mucho a la Monarquía. Y se lo dice un viejo republicano».

—¿Durante cuánto tiempo será usted presidente de la Generalitat?

—Si las cosas van normalmente yo tendría que disolver el Parlamento catalán, pero esto después de aprobarse la Constitución y nuestro Estatuto. Entonces convocaría nuevas elecciones, y sólo a partir de ese momento, ante la mayoría parlamentaria catalana —no ante una mayoría de las Cortes españolas—, yo dimitiré, para que sea otro quien asuma la responsabilidad.

● «EL REY SABE ESCUCHAR»

—¿Qué piensa usted del Rey?

—Me sorprendió; no podía imaginar que estuviese tan bien informado, y tan interesado, por nuestros problemas catalanes. Descubrí en él una magnífica cualidad política: sabe escuchar. Lo hace con gran atención y asimila rápidamente los argumentos del interlocutor. Me causó muy buena impresión.

—¿Y del presidente Suárez? Usted calificó de «dura» la primera conversación en la Moncloa. ¿Puede explicárnoslo?

—El señor Suárez es un político duro y muy inteligente que sabe lo que quiere. El me llamó a mí «tozudo» y yo a él «peleón». Yo nada más llegar le dije que no iba a pedirle nada; mejor dicho, sí. Vengo a dos cosas: a que me diga usted su pensamiento sobre Cataluña y a decirle yo el mío. Y hablamos de Cataluña y de España. Hubo momentos en que la conversación parecía dramáticamente bloqueada. Topábamos con un muro. El en mí; yo en él. Discutimos durante dos horas. Me presentó no sé cuántas alternativas, y no me gustó ninguna. Yo, a mi vez, le indiqué unas cuantas propuestas, y él no las aceptó... Al fin, mi argumento fue éste: Cataluña ha sido un pueblo que ha..., ¿cómo se dice en castellano «enmiedado»?

—Fastidiado, incordiado...

—¡Eso es! Un pueblo que ha incordiado setenta años. Y eso conmigo se ha acabado. ¡Se ha acabado! Yo no quiero hacer política de fastidio ni política de desastre. Que no cuenten conmigo para otro «cés» de octubre, ni para otro «diecinueve de julio del treinta y seis»..., ni para repetir lo que tanto daño ha hecho a España. Cataluña ha sido belicosa y huelguista. Ahora está calmada y laboriosa. Hay que aprovechar esta tranquilidad y este buen sentido para construir una España fuerte en el orden espiritual y material. Con otro régimen perderíamos quizá nuestro derecho a gobernarnos. Con éste vamos a ganarlo. Nos interesa, pues, fortalecer el Régimen, la Corona, la democracia. Y ése fue mi argumento.

● POR QUE NO HICE GOBIERNO EN EL EXILIO

—Yo soy un hombre pragmático, pactista. Convencido de que hablando se entienden la gente y se llega a algún punto de interés común. Creo en la política de respetos y pactos mutuos más que en las manifestaciones de fuerza y violencia. Ahora veo que el señor Suárez hace lo que hice

yo este verano: conversar con los partidos, buscar un consenso. Eso es bueno.

—Usted no formó Gobierno en el exilio. ¿Por qué?

—Sí; realmente he sido un presidente solitario y artesano. Todo me lo hice yo mismo, sin más infraestructura ni más ayuda que la de mi secretario en París, y la fuerza moral incondicional de mi mujer, Antonieta. Ahora me dicen que fue un acierto no hacer Gobierno. Pero en el 52 todo eran presiones: los republicanos, los vascos y los catalanes exiliados... Dije no. Y evité una guerra civil y que, ahora, en Cataluña tuviésemos otra E. T. A.

¿A qué es debida la gran tragedia del pueblo vasco? A que olvidaron que había una nueva generación, en el interior, que no aceptaría las órdenes y posiciones del Gobierno exiliado; en definitiva, derrotado. Creyeron que tenían una figura internacional y que podían hacer una política internacional por sí mismos. Consiste que no quiero tirar piedras ni contra el Gobierno vasco ni contra el de la República en el exilio, pero... al hacer una política contra Franco, de hecho, se les volvió contra España. Yo eso no lo hice

nunca. Cuando la campaña sobre Gibraltar me argüían para que firmase por «Gibraltar inglés», y yo les repliqué: Creo que Gibraltar es español y ha de seguir siendo, sea Franco o sea quien sea el que mande en España. Franco no era España. España es permanente. Franco, mi adversario, que pidió mi extradición, etcétera... Y cuando me nombraron ministro de la República en el exilio no acepté el cargo. ¿Y sabe usted por qué yo nunca he hecho política internacional por mi cuenta? Porque nuestro problema de la Generalitat y de la autonomía no era una cuestión internacional, sino netamente interior que había que resolver con el Gobierno español...

● TARRADELLAS SE DEFINE

—Señor Tarradellas, usted es un republicano que va a apoyar a la Monarquía; un anticomunista al que votan los comunistas; un exiliado que se negó a sentarse en la mesa de «la oposición» y prefirió conversar directamente con el Gobierno... Es lógico que su figura no se comprenda fácilmente. ¿Puede usted definirse?

—Sí, todo eso es así y aún más. Yo no quise que el tema catalán se negociase en aquella «Comisión negociadora de los nueve», y rompí pública y privadamente con el señor Pujol, porque me parecía desleal pactar con la oposición mientras estábamos conversando con el Gobierno. A mí la oposición no podía ofrecermela nada; el Gobierno, sí; el Rey, sí. Y con ellos hablé. ¿Anticomunista? ¡Claro! Yo nunca he sido marxista. Yo soy un nacionalista catalán liberal de izquierdas, republicano, y que quiere a España y cree en Dios. Soy católico. Rezo. Rezo como los campesinos, como los payeses... de una forma que a usted le parecería quizá rutinaria. ¡Bien! Soy hombre de grandes pasiones, con un único interés en mi vida. A mí me votan los comunistas y no soy comunista. Yo firmé durante la guerra un decreto de colectivizaciones que se me ha criticado siempre, y estoy contentísimo de haberlo hecho «entonces», porque, fíjese usted, en aquellas circunstancias de hambre y guerra era necesario. Cuando volvieron los burgueses catalanes, acabada la contienda, ¡se encontraron sus fábricas intactas! Aunque los obreros habían pensado que esas fábricas serían para ellos. Y, sin embargo, el hombre que firmó aquel decreto, ahora es partidario de una sociedad libre de mercado, del tipo estadounidense. De momento no encuentro otra fórmula mejor.

● UNA TRINCHERA RURAL PARA EL EXILIO

Los gendarmes de la Police Française montan guardia ante el viejo caserón de «Le Clos de Mosny», que era de los Tarradellas y lo vendieron hace unos años. «Necesitábamos dinero para vivir», me dirá en un momento de nuestra charla el presidente. El exilio ha sido largo, duro, con persecución de la Gestapo, con cautiverio en campos de concentración, con infinitas horas y años de soledad.

«Ahora, desde hace un año, esto es como una procesión de gente. Vienen a verme de todas partes. Antes venían sólo algunos. No muchos. Políticos, artistas, escritores... Durante doce o catorce años aquí no venía nadie. En el 75, Arias Navarro envió a unos «emisarios» suyos. No vinieron para negociar, sino para conocerme. Allí, en Madrid, pensaban: ¿quién es ese señor grandote y solitario, que vive allá, en una aldea francesa, exiliado, a mil kilómetros de Cataluña, pero domina lo que pasa en el interior y continuamente recibe a unos y otros? ¿Quién es ese señor Tarradellas, que no es de ningún partido, ni tiene Gobierno ni quiere saber nada de Franco y que dice ser presidente de la Generalitat? Y ese señor era yo, y vinieron a conocerme. Después, en el 76, llegaron los hombres de confianza del presidente Suárez, gente importante... Y yo nunca he abandonado mi puesto ni mi trinchera.»

● NO CONSENTIRE QUE ME TUTEEN...

Me comenta Tarradellas que el deterioro de ilusión y de moral social e individual en España es «un tema serio, para estar tristes»; acusa el materialismo y hedonismo de la sociedad de consumo, «y esa falta de res-

☐ «Ni soy federalista ni creo en la viabilidad de un sistema federal para España»

petos, que no me gusta nada; el tuteo sin ton ni son, el que los parlamentarios vayan a la Cámara sin corbata. Yo por ahí no pasaré. Y no consiento que nadie me hable de tú, excepto mi mujer y algún amigo íntimo de siempre...».

Yo me sonríó y él agrega:

«Ahora dicen que soy un reaccionario. Antes me decían que era de la F. A. I.» Ríe divertido el honorable Tarradellas. «Verá usted, yo no hago caso de las críticas. Cuando López Rodó se oponía a mí, yo no protesté. Le puse un telegrama de felicitación por haber salido diputado. Me dijeron: "No te contestará." ¡Y claro que contestó! Ahora me parece que está de acuerdo conmigo y con mi regreso.»

—Hábleme de las competencias de la Generalitat.

—Tendremos las que queramos. No se trata de tener muchas responsabilidades y no poder atenderlas; eso sería un fracaso. Yo he de buscar dentro de las atribuciones de las Diputaciones. La Comisión paritaria, de quince miembros del Estado y quince de la Generalitat, estudiará el traspaso de servicios y áreas de atención y competencia del Gobierno y la Administración Central a la Generalitat. Pero aún no pienso en ello.

—¿Ni en la composición de su Gobierno?

—Tampoco. Yo hago la política peldaño a peldaño. Ahora estoy en otro escalón: llego y me encuentro con siete u ocho mil funcionarios a los que desconozco. Muchos, la mayoría, han servido en el régimen franquista y ocupado altos cargos.

● PRESIDENCIALISMO

—¿Va usted a «prescindir» de ciertas personas?

—Hay que hacer una política de paz y concordia. Yo no echaré a nadie si no lo merece. No miraré los historiales. Sólo seré riguroso en exigir respeto y lealtad al Estado español y a la Generalitat. Pero nada más. ¿De qué hablábamos?

—Me hablaba usted del «escalón» que tiene ahora bajo los pies...

—¡Ah! Ya. Y me encuentro también con un presupuesto global de unos diez mil millones de pesetas, que el año próximo serán doce o catorce mil... Pero todo lo demás, que si nombraré a tal o cual ministro, que si quiero tales honores militares, que si se me ha de dar tal o cual rango... Todo eso no me preocupa. Que me reciban como crean que deben hacerlo, con dignidad. En cuanto a los «consellers», a los ministros, tendré en cuenta los resultados electorales y también a quienes perdieron en las elecciones. He de contar con unos y con otros. Ahora prefiero no hablar de este asunto. Lo haré cuando esté en Barcelona. No quisiera dar pasos en falso.

Salimos al jardín cuando llega un equipo de Televisión Española. Tarradellas me cuenta entonces algunas cosas personales: «Estoy arreglando el traslado de los restos de mis padres, que yacen en el cementerio de este pueblo, para que me esperen en el de Cervelló. Allí quiero que me entierren, si lo permite Dios... ¿Sabe una cosa? Mi exilio ha sido largo y duro, y yo un solitario con una obsesión entre pecho y espalda, pero ya se queda aquí todo eso. Yo no volveré nunca más a esta casa; ya Cataluña para siempre, para siempre...» Aún desde la ventanilla del coche una pregunta trivial para quitarle «trance» a la despedida: «¿Se ha comprado el chaqué?» «¡Ah!, todavía no... Ni siquiera he tenido tiempo para que me corten estos pelos que llevo. ¿Ve?»

Y así le veo, cuando el coche arranca, grandote, de poderosas espaldas, sonriendo y estirándose los pelos rizados y canos de las patillas. ¡Bizarra estampa de un presidente «peleón»! —Pilar URBANO.